

▮ Pedro Salmerón Sanginés, *Los carrancistas*. Ciudad de México: Planeta, 2010.

Javier Villarreal Lozano

La conmemoración del centenario del inicio de la Revolución Mexicana ha propiciado el surgimiento de nuevas visiones e interpretaciones de los movimientos armados que sacudieron al país a principios del siglo anterior. También ha dado pie –y no hay que espantarse por ello– a libros escritos al vapor cuyo único objetivo es su posible comercialización. En la balumba de proyectos de *bestsellers* abundan aquellos que utilizan el escándalo como anzuelo para lectores desprevenidos. De manera que si antes nos asestaron en la escuela una “historia oficial” –la tan vituperada “historia de bronce”–, hoy nos intentan vender la “antihistoria oficial”, en la cual los héroes se convierten en villanos y viceversa. Resulta paradójico cómo la pretendida “antihistoria oficial” se desbaranca en el mismo precipicio en el que cayó la que dice combatir: el afán maniqueo de ver las cosas en blanco y negro y de etiquetar a los personajes en “buenos” y “malos”.

Afortunadamente, sobre el mar de proyectos de *bestsellers* sobrenadan estudios concienzudos, macizamente documentados, cuyo objetivo es dar claridad a pasajes mal iluminados de nuestro pa-

sado o proponer novedosas interpretaciones de los hechos. En el apartado de textos destinados a sobrevivir a la moda y a la coyuntura de las conmemoraciones, es preciso colocar a *Los carrancistas*, de Pedro Salmerón Sanginés, segunda parte de un tríptico que arrancó con su estupendo estudio sobre la forma en que se gestó, nutrió, creció y declinó la División del Norte. Ahora, Salmerón decidió poner ojos e inteligencia sobre un tema prácticamente inexplorado, no obstante la montaña de títulos paridos por esa madre prolífica de la historiografía nacional que ha sido la Revolución. Se trata de un capítulo apenas rozado antes por algunos investigadores, o de plano ignorado por la mayoría: el Ejército del Noreste.

Las relampagueantes y contundentes campañas de la División del Norte y esa voz elevada a la categoría de mito del México profundo que es Emiliano Zapata, han sido más atractivas para los historiadores que las fuerzas comandadas por el general Pablo González, sobre quien no se han amontonado estudios, pero sí prejuicios y juicios adversos. Pidiendo perdón por adelantado, incurriré en el detestable “numerito autobiográfico”. Consciente del peligro de tales “numeritos”, creo que éste posee pertinencia. Muchos años atrás, siendo reportero, tuve la oportunidad de entrevistar a veteranos de la

Revolución que llegaban cada año a Saltillo para asistir a la conmemoración del lanzamiento del Plan de Guadalupe. En cierta ocasión, un grupo de ellos, entre los que se encontraba el ingenioso y apasionado general carrancista Alejo González González, se reunió en el restaurante del entonces mejor hotel de la capital de Coahuila. Un servidor, periodista en agraz, intruso en la constelación de estrellas titilando en los kepiés, era el invitado de piedra admitido en calidad de oyente.

De pronto, la charla derivó en discusión. Los ex militares empezaron una controversia acerca de la actuación de los distintos ejércitos constitucionalistas. El general Alejo González alababa, por supuesto, “su ejército”, el del Noreste. Sostenía la tesis, que entonces no me quedó del todo clara, de que los hombres del general Pablo González habían jugado un papel preponderante en la revolución carrancista, porque sin lucir en el palmarés –como dicen los cronistas deportivos– brillantes batallas comparables a las de Villa u Obregón, su tenaz acoso a las fuerzas huertistas facilitó a la División del Norte y a los sonorenses los triunfos que les dieron gloria. Más de 40 años después, luego de leer el libro de Pedro Salmerón, el punto de vista del general González no sólo se confirmó, sino que adquirió para mí una dimensión insospechada.

Y es que sin apasionamientos, con estricto rigor académico, Salmerón rescata en *Los carrancistas* la historia del Ejército del Noreste y cómo sus operaciones mantuvieron bajo constante amenaza a poderosos contingentes federales. De no haber sido por esta fatigosa tarea, los huertistas hubieran dispuesto de un mayor número de efectivos y armamento para la defensa de plazas como Torreón, San Pedro de las Colonias o Zacatecas.

Sabemos que el hubiera no existe, pero no es difícil imaginar cómo habría cambiado el rumbo de los acontecimientos si los hábiles dinamiteros del general Eulalio Gutiérrez Ortiz no hubieran entorpecido, y no pocas veces interrumpido, las comunicaciones ferroviarias, y con ello el transporte de suministros y hombres destinados a las fuerzas huertistas, o si éstas hubieran contado con una puerta abierta al mercado de armas de Estados Unidos, de no estar Lucio Blanco posesionado de Matamoros, Tamaulipas.

Los carrancistas es un libro que fija con claridad el rol jugado por los hombres del general Pablo González. De espaldas a fobias y filias aquilata la importancia táctica de sus operaciones y reconstruye la formación de un ejército producto de la confederación –si se me permite el término– de grupos guerrilleros surgidos al calor de la lucha.

Como lo hiciera en *La División del Norte*, el autor emprende la ardua pero útil tarea de rastrear los antecedentes de los hombres del Ejército del Noreste, la mayor parte de ellos provenientes de las clases medias y con una ilustración por encima del promedio nacional. Esto hizo diferente al ejército del general González y le imprimió un carácter especial, el cual, arriesgo una hipótesis, restó atractivo para muchos investigadores, fascinados con la leyenda del bandido convertido en flamígera espada de la revolución o la historia del indio explotado que por primera vez en siglos se atreve a demandar justicia. Hasta no hace mucho, burgués y pequeño burgués tenían connotaciones despectivas.

No caeré en la tentación de reseñar el contenido del libro de Pedro Salmerón. Pero pensando en los lectores del Noreste de México, sólo quisiera subrayar una de sus características. El periodismo norteamericano acuñó el aforismo “un sí es no cínico, pero válido” —en otro sentido— para hablar de lo interesante que puede resultar a los norestenses la lectura de *Los carrancistas*. Esta máxima sostiene que, periodísticamente hablando, “más vale un muerto en la esquina que diez mil en Pakistán”. Y es cierto, la proximidad de los acontecimientos incrementa nuestro interés. En ese sentido, *Los carrancistas* es un libro geográfica y humanamente cercano.

Sus escenarios son los de la región: Saltillo, Arteaga, Ramos Arizpe, General Cepeda, Monclova, Piedras Negras, San Buenaventura, Candela, Paredón, Torreón, San Pedro de las Colonias, Monterrey, Tampico, Matamoros, Concepción del Oro y la cadena de estaciones ferroviarias que van de Saltillo a San Luis Potosí.

Con los personajes sucede lo mismo: Francisco Coss, Eulalio y Luis Gutiérrez Ortiz, Pablo González, Lucio Blanco, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Jesús Dávila Sánchez y muchos más. En buena medida, la historia de *Los carrancistas* es nuestra propia historia, o debiera decir, nuestras propias historias.

▮ Fred Jerome, *Einstein- Israel: una Mirada Inconformista*. Alcalá la Real (Jaén): Algón Editores, 2010.

Pedro J. Cobo Pulido

Es relativamente conocido que a Einstein se le ofreció ser el primer presidente de Israel (cargo más honorífico que político en cuanto el verdadero poder recae en el Primer Ministro) y que él lo rechazó. Menos difundido es el hecho de que tuvo una larga relación con el movimiento sionista. Pero quizá un dato inédito para la mayoría es que fue

un gran opositor a la *forma* en la que se consiguió el Estado de Israel y no su gran defensor, como pregonaría el sionismo triunfante. Einstein diría a su hijastra Margot, al explicarle las razones por las que rechazaba el ofrecimiento de ser un hombre de Estado: “Tendría que decir a los israelíes cosas que no les gustaría escuchar.”

Fred Jerome realiza aquí una gran contribución histórica, recogiendo testimonios, cartas y entrevistas para publicarlas en un solo volumen. Esto nos permite seguir de forma sencilla, gracias a una exposición cronológica, la relación del “creador” de la teoría de la relatividad con el movimiento que llevó a cabo la fundación del Estado Judío. Aunque Einstein siempre creyó en un Dios “ordenador” del Universo, dejó muy pronto de seguir los preceptos del judaísmo y pasada su infancia nunca fue a una sinagoga. Sin embargo, se “dio cuenta” de que era judío cuando regresó a Alemania tras unos años en Italia: “Cuando volví a Alemania [1914] descubrí por primera vez que era judío”. El antisemitismo creciente no permitió a los judíos integrarse a la sociedad. En el caso de Einstein, esos ataques le hicieron volverse hacia el nacionalismo judío promovido por los sionistas. El movimiento había sido fundado por Theodor Herzl en 1897, y en 1917 Chaim Weizmann, uno de sus sucesores, había

conseguido del gobierno británico que concediese “un hogar nacional” para los judíos. A partir de ahí los judíos de todo el mundo empezaron a confluír en una Palestina que estaba habitada, en su mayoría, por población árabe. Los sionistas, en un intento por conseguir apoyo económico y moral para su empresa, buscaron a personalidades para que les ayudaran, y Einstein fue uno de los hombres a conseguir para la causa. Y, sí, en cierta manera tuvieron éxito: Einstein habló a favor del sionismo, pero con el tiempo también en contra de su vertiente triunfante. Se declaró más partidario del sionismo cultural que abogaba por un profundo entendimiento con la población árabe, al estilo de lo defendido por Martin Buber y Judah Magnes, que por una ideología que buscara un Estado Judío nacionalista.

Einstein, como muchos de sus correligionarios, era un antinacionalista declarado, pero apoyó la idea del asentamiento judío en Palestina, pues partiendo de conceptos socialistas entendía que únicamente a través de la actividad colectiva se podría conseguir que el pueblo judío pudiera tomar conciencia de su propia dignidad, pisoteada por siglos de opresión. Por eso, cuando a inicios de los años veinte los sionistas le solicitaron diversas intervenciones apoyando la causa, se prestó a ello, aunque siempre con ciertas reservas, ya que

temía que el sionismo acabara siendo un nacionalismo exclusivista.

Su temor se fue haciendo cada vez más real a medida que la emigración judía aumentaba en Palestina; por esto, poco a poco se fue distanciando de la directiva sionista. Tras las matanzas entre judíos y árabes de 1929 le escribiría a Weizmann: “Agradezco mucho su carta y me hago una idea de los difíciles problemas que le rodean. Pero también tengo que ser franco y hablarle de mi indignación con la posición que adoptan nuestros líderes [...] Si no somos capaces de encontrar una manera de cooperar y pactar honestamente con los árabes, significa que no hemos aprendido nada en estos dos mil años de sufrimiento, y nos merecemos que nos pase lo que nos tenga que pasar”. Ese disgusto por la dirección sionista aumentó incluso después de conocidos los horrores del Holocausto, ya que en 1946, hablando ante la comisión anglo-estadounidense para buscar una solución a los continuos enfrentamientos entre árabes y judíos, afirmó: “Nunca estuve a favor de la creación de un Estado [...] no comprendo por qué es necesario. Va ligado a muchas dificultades y a la intolerancia. Creo que sería mala solución”. Y en una misiva escribía en ese mismo año: “Me parece una cuestión de simple sentido común el que no podamos pedir que se nos conceda el gobierno

político de una Palestina en la que dos tercios de la población no es judía. Lo que podemos y debemos solicitar es un estatus binacional en Palestina con emigración libre”.

El 14 de mayo de 1948, el Estado de Israel nacía, declarándose democrático y judío. Más de un millón de palestinos fueron desplazados y perdieron sus propiedades. La decepción de Einstein con lo que había sucedido era tal, que en una entrevista en 1952 con Mohamed Haikal, famoso periodista egipcio, al criticar el nacionalismo estrecho, dijo: “¿Soy sionista? No lo sé”. Y sí, su disgusto era grande, pues muy poco antes de morir, también en una entrevista, aseveró: “Al principio teníamos grandes esperanzas para Israel. Pensamos que podía ser mejor que otras naciones, pero no lo es”.

Independientemente de la evolución de Einstein y de su relación con los líderes del sionismo, los documentos nos presentan a un hombre con altura de miras y con un gran compromiso para apoyar tanto a los judíos perseguidos por el nazismo, como a los árabes, no pocas veces maltratados por los sionistas. Pero también percibimos una aproximación por demás ingenua: hasta el final de su vida creyó que la relación entre el árabe y el judío había sido al principio muy buena y que las dificultades que surgieron fueron debidas a la

política del “divide y vencerás” seguida por los ingleses. No fue consciente del abismo que mediaba entre los dos nacionalismos y de la dificultad intrínseca para llegar a un entendimiento: de poco hubiera servido que los ingleses se hubieran ido antes de Palestina.

El autor ha dividido los textos de Einstein en cuatro periodos bastante lógicos: 1919-1929, 1929-1939, 1939-1948 y 1948-1955. Antes de la transcripción de los documentos existe una pequeña introducción que explica la importancia de lo reproducido. Además de estas aclaraciones contextuales, al inicio del libro nos brinda unas veinte páginas con los antecedentes históricos del movimiento sionista. Y en la parte final nos ofrece, por una parte, un relato de cómo los sionistas tergiversaron las palabras de Einstein en beneficio del nuevo Estado de Israel, y por otra, una relación de textos atribuidos a Einstein pero cuya autoría no se ha podido demostrar.

¿Defectos? En ciertos fragmentos la traducción deja algo que desear, ya que hay alguno que otro modismo que se traduce literalmente, resultando un poco grotesco en castellano. Por otra parte, está bastante claro que el libro está destinado a los ya familiarizados con la historia del sionismo. Si no es así, tanto las explicaciones dadas al inicio de la obra como antes de cada capítulo,

son insuficientes para comprender un proceso tan complicado como el de la creación del Estado de Israel.

Mushirul Hasan, *Moderate or Militant. Images of India's Muslims*. Nueva Delhi: Oxford University Press, 2008.

Beatriz Martínez Saavedra

De bagaje cultural islámico, Mushirul Hasan es ampliamente reconocido por su labor intelectual en torno al análisis y estudio de los musulmanes en la India, lo cual tiene como objetivo forjar una relación de respeto mutuo entre las diferentes comunidades que habitan el subcontinente. En ese contexto, *Moderate or Militant. Images of India's Muslims* da continuidad a tal quehacer al analizar los múltiples discursos que dan forma a una imagen peyorativa de los musulmanes en la India, pero también están bajo observación los discursos alternativos que van a contracorriente de ese tipo de construcción. En este sentido, la apuesta del texto es la reversión de la imagen negativa de los musulmanes a través del cuestionamiento de los argumentos que soportan esa visión y de su comparación con otras líneas de pensamiento que remiten a un Islam distinto del que los medios de comunicación normalmente proyectan vía la

utilización de estereotipos y generalizaciones tajantes.

Si bien es cierto que una imagen persistente de la India contemporánea es la confrontación entre algunas comunidades religiosas –la hindú y la musulmana sobre todo– que protagonizan episodios de violencia cada vez más descarnados, también lo es que esta situación es difícil de percibir cuando ciudades como Delhi tienen una impronta evidente del paso y presencia del Islam. Su huella trasciende arquitecturas y edificaciones. Más allá de eso se aprecia una sana convivencia en el día a día de las diferentes comunidades, aunque de cualquier manera se oyen expresiones como “*I hate Pakistan*” o “*Muslims are terrorists*”, lo mismo entre los conductores de *rickshaws* (moto-taxis) que entre personas con formación universitaria. Desafortunadamente, también están esos episodios que interrumpen el transcurrir conjunto y que son aprovechados o incluso fomentados para explotar las diferencias entre los miembros de las comunidades con miras a obtener ventajas políticas. Es por eso que el libro de Hasan tiene una vigencia innegable y abona a la discusión de un tópico delicado que no se circunscribe específicamente a la India, sino que se inserta en un contexto global que en términos generales ha acogido en pleno la representación de un Islam terrorista.

En este tenor, la obra de Hasan repara en voces fundamentales dentro de las posturas antiislámicas en la India, como las de Nirad Chaudhuri y V.S. Naipaul. El primero, escritor indio reconocido de la década de los 50, y el segundo, afamado novelista nacido en Trinidad y de ascendencia hindú: de manera general coinciden en que los regímenes islámicos del subcontinente han sido tiránicos con el pueblo hindú. Para ellos no existe siquiera el binomio de “*good Muslim*” y “*bad Muslim*” que Hasan también debate por tratarse de representaciones en blanco o negro, polos opuestos sin posibilidad de matices. Por el contrario, según la óptica de estos autores, particularmente la de Naipaul, del Islam no se puede esperar nada bueno por la “*indigestibility of Muslims*”, porque los musulmanes poseen una propensión a la violencia y son una amenaza por su natural hostilidad y agresividad hacia Occidente.¹

Sin embargo, este punto de apreciación en autores del siglo xx ha pasado por un proceso formativo. Por ello, los orígenes de la producción del discurso antiislámico son del interés de Hasan. Un aspecto de relevancia en esa dirección es la referencia obligada a la tergi-

¹ Mushirul Hasan, *Moderate or Militant. Images of India's Muslims*, Nueva Delhi: Oxford University Press, 2008, p. 34

versación del Islam en algunos escritos británicos del siglo XIX con el objetivo de mostrar la benevolencia del gobierno colonial en contraste con los vicios de sus predecesores musulmanes.² En este sentido, a Chaudhuri le es dable celebrar al gobierno británico como el liberador del despotismo islámico (p.23). Pero sin duda lo más interesante de este aspecto es la forma en que los intelectuales hindúes de finales del siglo XIX acogieron estas propuestas coloniales y las incluyeron en sus propias agendas.³ Se generó una teoría abstracta sobre la tiranía de los gobernantes musulmanes y su irrupción en la cultura hindú de tal forma que “*medieval rule is only about the rape and abduction of Hindu women, the slaughter of sacred cows, and the defilement of temples*” (p.16).⁴

² Esta tesis ha sido trabajada por diversos autores, entre ellos Gyanendra Pandey en *The Construction of Communalism in North India*. Nueva Delhi: Oxford University Press, 1990; y Romila Thapar, *Communalism and the Writing of Indian History*. Nueva Delhi: People's Publishing House, 1984.

³ Ya otros autores han abordado este punto, entre ellos Ranajit Guha, quien menciona que el no cuestionamiento de la imagen de los musulmanes como tiranos evitó la cristalización de una historiografía india verdaderamente autónoma de la colonial. Ver *An Indian History of India: A Nineteenth-Century Agenda and its Implications*. Calcuta: K.P. Bagchi & Company, 1988.

⁴ Lo mismo en el terreno histórico que en el de ficción autores de finales del siglo XIX y principios del XX elaboran una representación de los regímenes islámicos en estos términos,

Pero esta representación de los musulmanes ha pasado por varias dimensiones en una gama que va de invasores extranjeros a profanadores de templos; de individuos promiscuos a violadores al acecho de jóvenes hindúes; de inmigrantes ilegales a agentes de espionaje del gobierno de Pakistán o, la que goza de mayor actualidad, de fundamentalistas a terroristas.

Un hecho crucial en la problemática delineada es que existen varios canales de difusión y articulación; uno de ellos, revestido de gran importancia, es la enseñanza de la historia que se ha tornado en una palestra de batalla en la elaboración de una identidad nacional esmeradamente hindú. La esfera educativa ha probado ser muy fértil en la difusión de estereotipos de los musulmanes y de los gobiernos islámicos para sembrar desde temprana edad animadversión hacia una comunidad supuestamente antagónica.⁵ Hasan, por

para muestra ver Edalji Dosabhai, *The History of Gujarat: from the Earliest Period to the Present Time*. Ahmedabad: The United Printing and General Agency Company's Press, 1894; y K.M. Munshi, *Jaya Somnath*. H.M. Patel (trad.). Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan, 1976.

⁵ Martha Nussbaum también refiere las batallas por la historia que se dan al interior de los comités educativos para definir los programas de estudio principalmente bajo la administración del Bharatiya Janata Party (BJP). Ver *The Clash Within. Democracy, Religious Violence*

ejemplo, trae a colación las remembranzas de Chaudhuri acerca de cómo sus maestros enseñaban a los estudiantes que el Islam se expandía por la fuerza, los musulmanes abducían a mujeres hindúes y sus gobernantes blasfemaban templos y convertían por la fuerza a los hindúes (p.22).

De este modo, el énfasis del autor está en combatir el esencialismo de oposición permanente entre la comunidad hindú y la musulmana. En contraste a la teoría de la confrontación, Hasan trata de documentar la coexistencia pacífica de las comunidades, con las normales diferencias entre ellas. Remite a las comisiones instaladas para averiguar la frecuencia de violencia comunal y los datos revelan una incidencia menor de la que se hace circular y asimismo refiere que en algunos lugares el sincretismo es tal que es difícil distinguir a un hindú de un musulmán (p.114) y aunado a esto, también puede apreciarse la participación recíproca en las celebraciones comunitarias. En este sentido cuestiona la idea de una “prehistoria del comunalismo” y pide que se vea a los musulmanes en todas sus facetas de vida. Pero, aún más importante, que se atienda a todos los factores que conforman su identidad. Ser musulmán es

sólo un aspecto de un conjunto de elementos (p.102).

Y a propósito de la “naturaleza” de las “comunidades”, la propia noción de comunidad es un factor de gran envergadura porque su connotación remite de manera frecuente a visualizar bloques monolíticos sin distingos entre sus sectores. Así, la comunidad musulmana, como cualquier otra, está conformada por diversos sectores, algunos más conservadores que otros y otros más bien reformistas; por eso considera una falacia identificar a toda una comunidad en términos absolutos (p.97). Aunque también está consciente de que hay líneas de conducta generales o características comunes y por eso cuestiona la falta de equidad de género que normalmente se advierte en sociedades islámicas.

En suma, la obra de Hasan no apunta a la idealización de las relaciones intercomunitarias articulando un pasado conjunto y armonioso de los grupos en cuestión, más bien trata de que se aprecien las diferentes aristas en la historia de un transcurrir conjunto de muchos siglos. Así, la propuesta última del texto es atender siempre a la dimensión ética del discurso histórico porque la historia en el contexto de la India ha mostrado ser particularmente un terreno negociable o manipulable toda vez que la retórica política echa mano de ella, de una “historia” a modo en la creación de un

and India's Future. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2007.

discurso nacionalista excluyente, no sólo de musulmanes sino en distintos momentos, de sikhs, cristianos, budistas o incluso *dalits* (descastados). De este modo, el texto propone un espectro más amplio para los interesados en indagar en discursos divergentes a los que de manera estereotípica abordan al Islam en India como una fuente de fundamentalismo e intransigencia.

John Crabtree y Laurence Whitehead (eds.), *Unresolved Tensions. Bolivia Past and Present*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.

Javier Buenrostro

Cuando Evo Morales ganó la presidencia de Bolivia en diciembre de 2005, la prensa internacional volteó por primera vez en mucho tiempo hacia esa parte del continente. No era muy claro qué se podía esperar de este gobierno. ¿Era socialista, populista, indigenista? Claro que como era la primera vez en mucho tiempo que se escudriñaba a la nación andina, faltaron los análisis serios y sobraron los epítetos fáciles y amarillistas. Afortunadamente, eso ha cambiado con el tiempo –bueno, no tanto–, pero a las denostaciones simplonas de los opinólogos o a los vítores acrílicos de los “camaradas de lucha” se les han sumado

análisis bastante más serios para comprobar, una vez más, que la realidad no es en blanco y negro.

Lo primero que podemos mencionar sobre el libro es que en sus ensayos no existe un sesgo ideológico. Sin dejar de suponer que cada uno tiene sus filias y fobias, los trabajos coordinados por John Crabtree y Laurence Whitehead, académicos de Oxford, ofrecen una verdadera discusión de la problemática boliviana. No es el comentario fácil lo que persiguen, sino la polémica: la tensión misma de la nación se ve reflejada en los puntos de vista vertidos en el libro. Entre los autores hay sociólogos, politólogos, constitucionalistas y economistas de distintos puntos del espectro ideológico.

Debido a que Bolivia es la nación latinoamericana con mayor cantidad de población indígena y Evo Morales es el primer presidente de tal origen desde Benito Juárez, muchas veces se ha querido analizar la victoria del MAS y de Morales como una consecuencia directa del factor étnico. Esta primer premisa resulta falsa en su reduccionismo. Aunque es cierto que el carácter étnico volvió a tener resonancia mundial a principio de los noventa con la encendida polémica sobre el quinto centenario del arribo de Colón –¿encuentro, descubrimiento, colonización?– y la guerrilla zapatista en Chiapas, en Bolivia la recu-

peración de la identidad étnica data de principios de los setentas, con la declaración del Manifiesto de Tiwanaku en 1973, la ruptura del pacto campesino-militar después de la matanza de Epinaza en Cochabamba en 1974 y el surgimiento del movimiento katarista.⁶

Hay que recordar que el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), principal actor de la revolución de 1952, copió muchas nociones del PRI mexicano –buenas y malas–, entre ellas la visión de un país que debía homogeneizarse en torno a la figura del mestizaje. Los nacionalistas bolivianos que querían emular a figuras como Lázaro Cárdenas borraron de un plumazo al indio como categoría social y fiscal para convertirlo en campesino. Hay que decir que muchos indígenas vieron con agrado esta conversión. Cualquier cosa que disminuyera los márgenes de exclusión social era bien recibida.

Si bien la escisión del pacto campesino-militar tuvo sus orígenes en la década de los setenta, es hasta los primeros años de los noventa que todo el lenguaje político comienza a cambiar otra vez y el carácter homogeneizador de décadas previas empieza a ser sustituido por lo plurinacional y lo multiétnico

hasta quedar consagrado en la constitución de 1994. Además, las identidades no son fijas e inmutables, sino que se traslapan unas sobre otras. Por ejemplo, según las encuesta llevada a cabo por Latin American Public Opinion (LAPOP) de la Universidad de Vanderbilt, la población boliviana se divide en 19.3 por ciento de indígenas, 64.8 de mestizos y once de blancos, mientras que en el censo de 2001 62 por ciento de la población se reconoce a sí misma como perteneciente a un grupo indígena.⁷ ¿Cómo es que estas dos mediciones arrojan resultados tan disímolos? No es que estén mal realizadas: las identidades son flexibles, dependen mucho del contexto. El censo de 2001 muestra que solamente once por ciento de la población es monolingüe en una lengua indígena y que más del 62 por ciento vive en centros urbanos. La sociedad boliviana se ha *cholificado*, y este grupo se percibe a sí mismo como indígena y mestizo de forma paralela. Estos debates son analizados en los capítulos de Xavier Albó, Carlos Toranzo y Diego Zavaleta.

Si las categorías culturales o sociales no son excluyentes, las políticas tampoco

⁶ La frase de lucha del katarismo era: “Somos explotados como campesinos y oprimidos como indígenas”.

⁷ Los dos principales grupos étnicos son los quechua y los aymara con 31 y 25 por ciento de representatividad, respectivamente. Existen alrededor de otros 31 grupos étnicos que conforman el restante seis por ciento.

co son conducentes en materia electoral. Mucho se ha dicho que el triunfo del MAS se debe a la identidad política de los grupos originarios con el líder co-calero. Esto es una verdad a medias. Es cierto que Evo Morales tiene un discurso con un núcleo en que resalta la identidad indígena, pero ése no es el único motivo de sus triunfos electorales. Partidos políticos con matriz indígena han habido varios desde que en 1978 se formó el Movimiento Revolucionario Tupac Katari (MRTK) y ninguno había logrado tener una relevancia hasta que en 1993, con un pacto electoral, logró la vicepresidencia para Víctor Hugo Cárdenas. Esto, de la mano del otrora nacionalista y ya transformado al neoliberalismo MNR y su candidato presidencial Gonzalo Sánchez de Lozada.

Felipe Quispe y el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), afincados en un discurso etnocéntrico sobre la autonomía de la “nación aymara”, lograron en las elecciones de 2002 el seis por ciento de los votos. Para 2005, su discurso se volvió más radical al hablar de dos Bolivias, la de los q’aras (gente blanca) y los indígenas, y la de la supremacía no sólo indígena sino concretamente aymara. Quispe calificó a Morales de tibio por sus opiniones más moderadas e hizo campaña en contra suya; por su parte Evo trató de mostrar un discurso más incluyente. El resultado: solamente dos

por ciento de la población votó por el MIP, lo que provocó la desintegración del partido, mientras que el candidato del MAS obtuvo sobre la mitad de los votos. El discurso de Morales tiene un componente étnico no etnocéntrico como el de Quispe y eso lo han notado la sociedad e indígenas bolivianos que han distinguido entre los dos candidatos. Ellos no han sufragado en las urnas exclusivamente por el componente étnico: de lo contrario la cantidad de votos por Quispe hubiera sido mucho mayor y el triunfo de Evo Morales se encontraría en entredicho.

Otra factor de tensión, de disputa en la Bolivia actual, son los regionalismos. En una versión maniquea de los hechos se le atribuye a Morales la división que existe entre la región del altiplano (La Paz, Cochabamba), de mayoría indígena, y la zona Este de país conocida como la Media Luna (Beni, Pando, Tarija, Santa Cruz), con menor población indígena y donde se encuentran muchos empresarios, además de la mayoría de las reservas naturales. Para empezar hay que decir que en Bolivia nunca hubo una urbe hegemónica como fueron los casos de la ciudad de México, Buenos Aires, Santiago o Lima. Durante el siglo XIX el poder legislativo se estableció en cuatro ciudades (La Paz, Sucre, Oruro y Cochabamba), mientras que el ejecutivo se alternaba entre La

Paz y Sucre. Por otra parte, el problema entre las autonomías de los nueve departamentos en los que se divide Bolivia no es de ahora sino que data de décadas atrás. En su capítulo, José Luis Roca, nacido en Santa Cruz y quien ha sido ministro, senador y embajador, señala que el centralismo político y económico es un lastre que ha sufrido Bolivia al menos desde 1952 y que el problema en el país es una lucha entre regiones y no entre clases. Por otra parte, Rossana Barragán, en un sugerente ensayo, desde una perspectiva histórica de larga duración, describe cómo a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX la población y recursos del altiplano permitieron la inversión y desarrollo del Este boliviano. El impuesto a los indígenas aglutinados en las zonas altas representaba el 35 por ciento de los ingresos del Estado hasta 1880: era su principal fuente de recursos. A partir de ese año, los influjos por la minería en esa misma zona financiaron la educación, la salud y la infraestructura de las tierras orientales. Debido a su escasa población, la zona de la Media Luna siempre se ha visto favorecida en términos de representación política, así como en el gasto público *per capita*.

¿Cuál ha sido la manzana de la discordia? El descubrimiento de grandes cantidades de hidrocarburos –gas y litio de manera preponderante– ubicados

principalmente en el Oriente. Lo lógico sería que estos recursos se usen para financiar el desarrollo económico del país en su conjunto y no solamente de la región donde están asentados. La problemática alrededor de estos veneros del diablo es abordada en los capítulos de Carlos Miranda y Fernanda Wanderley. Bolivia tiene las segundas reservas más grandes de gas en Latinoamérica (aunque apenas representan el uno por ciento global) y sus reservas de litio son, hasta ahora, las mayores del mundo. Antes de la nacionalización de 2006, las empresas internacionales pagaban solamente 18 por ciento de regalías por explotación –cuando es común pagar entre el 50 y 75 en otros países–, lo que quiere decir que se quedaban con más del 80 por ciento de las ganancias de un negocio muy lucrativo. La nacionalización permitió a Evo Morales en su primer año de gobierno tener un superávit fiscal –algo que no sucedía hace mucho tiempo–, además de que han aumentado las reservas nacionales a 8,700 millones de dólares mientras que en 2005 se encontraban en 1,700 –esto representa un incremento de 500 por ciento–. Queda claro que los hidrocarburos deben ser el motor del desarrollo económico en Bolivia; con ellos se debe impulsar una infraestructura que permita apuntalar otros sectores de la economía. Aunque es plausible que parte de ese

dinero se canalice en programas sociales, el Estado debe tener cuidado en mantener un prudente equilibrio en este gasto respecto a otros sectores de inversión. Claro que el peor error sería disponer de estos recursos para el gasto de cuenta corriente y el aumento de una burocracia dorada de grandes sueldos, como fue el caso del gobierno de Vicente Fox en México durante los años de bonanza petrolera.

Uno de los temas más controvertidos en la Bolivia actual son las bases en las que debe descansar el nuevo pacto entre gobierno y sociedad. La restauración de la democracia electoral en Bolivia en 1982, tras casi dos décadas de dictadura militar, sirvió solamente para vivir durante otras dos décadas una “democracia pactada”, la simulación política de una alternancia de partidos en el gobierno pero un continuo en la conducción económica del país, basada en las recomendaciones de Washington y del FMI que provocó –además de las crisis económicas y una pauperización de todas las clases sociales– un profundo distanciamiento entre la sociedad y el gobierno que devino en una marcada inestabilidad política entre 2002 y 2005.

En este rubro, aunque se habla de la refundación de Bolivia, es claro que no debería hacerse tabla rasa del pasado. De hecho, muchas de las reformas políticas de los noventa no fueron eco-

nómicas sino también políticas y algunas de ellas, como la Ley de Participación Popular del gobierno de Sánchez de Lozada en 1994, permitieron la emergencia de nuevos actores sociales y políticos –por ejemplo, el propio movimiento cocalero–. Además, la propuesta de una Asamblea Constituyente es una demanda recurrente desde 2002 y uno de los principales puntos –junto a la nacionalización de los hidrocarburos– del referéndum de 2004. En la creación de este nuevo pacto el debate permanece abierto y sobre esto discurren los trabajos de George Gray Molina, Francisco Xavier Barrios, Eduardo Rodríguez Veltzé y Luis Tapia.

No debería dudarse que el camino que debe seguir Bolivia es el de la democracia. Pero el debate yace en qué tipo de democracia. La democracia no es una: están la liberal, la constitucional, la participativa o la radical, entre otras. Todas tienen pros y contras. El problema de la democracia liberal con base en el sistema de partidos es que se presta muy fácil a la simulación, al pacto entre las élites financieras de la sociedad civil y las élites burocráticas de los partidos políticos. Este tipo de democracia se ha puesto en cuestionamiento en varios países de Latinoamérica, incluida Bolivia. Pero entonces, ¿cuál es el mejor camino? Evo Morales definió a su gobierno como uno de los movimientos

sociales, lo cual puso en alerta a más de uno. Sin embargo, la historia demuestra que el *movimientismo* ha sido parte de la retórica política boliviana en toda su historia y que está más emparentado con el peronismo que con el socialismo del siglo XXI.

Debido a que las bases del movimiento cocalero responden a la tradición sindicalista boliviana, el gobierno de Morales ha decidido que su agenda política sea llevada a cabo de la mano de la acción directa y de una democracia participativa y no solamente representativa. Eduardo Rodríguez Veltzé, antiguo presidente de la Suprema Corte y presidente interino de Bolivia en 2005, menciona que el uso del referéndum y de modificaciones a la constitución para instaurar mecanismos que propicien la participación directa no es algo nuevo en la tradición boliviana. Sin embargo, señala que de no ser aplicados con cautela, estos métodos pueden derivar en un debilitamiento de los poderes legislativo y judicial, naturales contrapesos del ejecutivo; aunque, por otra parte, en un sistema democrático, representativo y constitucionalista esto podría desembocar en las decisiones aristocráticas de jueces y representantes populares. Por su parte, el trabajo del sociólogo Luis Tapia afirma que los movimientos sociales se convierten en un poder constituyente que entra en

permanente diálogo con el ejecutivo, concebido como poder constituido. Este diálogo, dice Tapia, es lo que permitirá a la sociedad boliviana avanzar en la transformación del Estado. El capítulo de Gray Molina ofrece un balance entre la participación popular y el cumplimiento de las leyes en una sociedad que se ha caracterizado por tener un Estado débil y una sociedad fuerte pero con grandes deseos de una constitución que refleje la realidad social y política del país.⁸

Las aportaciones sobre Bolivia y la globalización de Juan Antonio Morales y Carlos Arze son un poco menos sistemáticas y esclarecedoras que las secciones previas del libro, aunque nos ofrecen puntos de vista encontrados y permiten al lector hacer su propio balance. Sin embargo, las conclusiones de Laurence Whitehead nos ayudan a vi-

⁸Este es un debate muy amplio en la actualidad, y aunque tiene demasiados exponentes solo remitiré a los trabajos de Ronald Dworkin y Jeremy Waldron, quienes han escrito sobre la democracia constitucional ortodoxa y de las constricciones del constitucionalismo a las democracias, respectivamente. Un muy buen trabajo para entender las diferencias entre constitucionalismo y democracia, dónde convergen y se apartan, es el de Pedro Salazar Ugarte, *La democracia constitucional. Una radiografía teórica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. La ventaja de Bolivia es que nos ofrece además la teoría, es el laboratorio práctico para corroborar aciertos y corregir errores.

sualizar un poco más la realidad geopolítica de Bolivia. Simplificando mucho los acontecimientos, algunos analistas han manifestado que Evo Morales es solamente un epígono de Chávez y Castro. No parece ser tan simple, ya que hay marcadas diferencias entre uno y otros. El presidente boliviano no tiene un pasado castrense ni grandes aparatos de propaganda. El centralismo político de Cuba y Venezuela no tiene ninguna semejanza con la descentralización política llevada a cabo en Bolivia desde los años noventa y que ha profundizado Evo Morales,⁹ aunado a la posibilidad de que agrupaciones civiles y pueblos indígenas postulen sus propios candidatos, eliminando la exclusividad que tenían los partidos en las postulaciones, por lo que líderes indígenas que compitieron previamente bajo las siglas de MAS ahora lo hacen con sus propias organizaciones diversificando el voto indígena y el control de MAS en todo el país.

⁹ Aquí existe una polémica sobre los resultados de la Ley de Participación Popular. Para autores como Gray Molina, la descentralización del Estado y los beneficios de la municipalización son palpables aunque tengan fallas por corregir. Para otros, como Nancy Grey Postero, quien hace un estudio de caso de algunos municipios guaraníes, la LPP ofreció nuevas formas de resistencia pero también reforzó el control central. Nancy Postero, *Now We Are Citizens. Indigenous Politics in Postmulti-cultural Bolivia*. Stanford: Stanford University Press, 2007.

Por otro parte, debido a su ubicación sin salida al mar y a ingresos mucho menores que su contraparte venezolana, el gobierno de Morales no aspira en convertirse en un líder regional sino simplemente a tratar de sacar el máximo beneficio de sus relaciones comerciales. Es cierto que mantiene una retórica antiestadounidense, pero dado el alto nivel de intervencionismo y las amenazas que el gobierno de Estados Unidos llevó a cabo en el país andino en el 2002 a través de su entonces embajador Manuel Rocha –conocido popularmente en Bolivia como el Virrey–, parece ser una situación más defensiva que de confrontación abierta e insuperable. Whitehead afirma que por sus antecedentes y la forma de conducirse a nivel local, Morales está más cerca de Lula que de Chávez, ya que ambos son líderes sindicalistas que llegaron al poder por medios democráticos después de años de lucha electoral y sindical. Además las relaciones de Morales son buenas con Brasil y Argentina, a quienes les vende la mayor parte del gas. Incluso con Chile, con quien mantiene diferencias históricas por los litorales perdidos en la Guerra del Pacífico, el intercambio siempre han sido de respeto: Morales incluso asistió a la toma de Sebastián Piñera, presidente surgido de la derecha. De cualquier forma Morales tiene que estar atento para no seguir a

Chávez en empresas suicidas de política internacional como podría ser una eventual alianza con la Rusia de Putin.

A lo largo de *Unresolved Tensions* se van desgranando los principales puntos de discusión que aquejan a la Bolivia actual, pero que contienen un contexto histórico determinado: indigenismo, regionalismo, democracia, recursos naturales, globalización o economía. Y en todos ellos encontramos opiniones encontradas sobre origen de la problemáticas del país andino y de sus posibles soluciones. El análisis del caso boliviano cobró una importancia súbita debido a que se ha tornado en un laboratorio para estudiar los movimientos sociales, las relaciones Estado-sociedad civil y nuevas formas para, como diría Boaventura dos Santos, “democratizar la democracia”.

L/ISTOR-RUSIA-URSS-RUSIA.
II . 1914-1953

General M. Janin, “*A propos de Souvenirs*”, *Le Monde Slave*, 1927-IX, pp. 442-449.

Este general de la misión militar francesa, quien entre 1916 y 1917 vivió en Mogilev guardando relaciones con la corte zarista, comenta las *Memorias de M. Wassilieff*, publicadas en la misma revista. Trata el tema de Rasputin, “campesino ignorante y depravado que captó

la confianza de una soberana nerviosamente enferma y presa de un misticismo enfermizo”. Escribe que “la muerte de Rasputin le causó al Estado Mayor General una alegría desbordante y una gran victoria sobre los alemanes no hubiera dado tanto gusto”. Es lógico, puesto que él seguía en contra de la guerra.

Andrei Amalrik, *Raspoutine*.
París: Le Seuil, 1982.

El gran disidente ruso, autor de *¿Sobrevivirá la URSS en 1984?* y muerto misteriosamente en una carretera española en 1980, escribió esta interesante biografía del controvertido personaje. No se trata de una rehabilitación en forma, sino de una puesta en perspectiva de la Revolución Rusa. El retrato de Grigori Rasputin permite captar el espíritu de una sociedad y sus contradicciones. La policía, por ejemplo, con sus infiltraciones y provocaciones incesantes, contribuye activamente a la “praxis” revolucionaria. Rasputin no era insensible a las mujeres ni tampoco al dinero, pero era al mismo tiempo un hombre con un gran sentido común y los consejos que daba al zar –primero contra la guerra, luego durante la guerra– no eran nada tontos. Defiende la paz, el reparto agrario, la tolerancia hacia todas las naciona-

lidades. A los judíos contra los antisemitas. ¿No será esto precisamente el programa de Lenin? En gran parte, significaba una concesión para ganarse a los campesinos (el “reparto negro”) que representaba Rasputin. Amalrik murió antes de terminar su libro, pero nos dejó un trabajo hermoso que resucita la mezcla de prácticas medievales y modernas que caracteriza a la historia rusa de esta época.

No son tan buenas las memorias del hombre que mató a Rasputin, el príncipe Felix Yusupof: en 2004 se tradujeron del original francés (1953) bajo el título *Lost Splendour: The Amazing Memoirs of the Man Who Killed Rasputin* (Nueva York: Helen Marx Books). También en 2004 Alexander y Danil Kotsiubinski, psicólogo e historiador, respectivamente, publicaron en ruso *Grigori Rasputin: escondido y patente*. Reproducen en su mayor parte el diario inédito de Rasputin que han utilizado para concluir que el hombre era semi impotente y alimentaba su leyenda sexual para disimular el hecho: “sin lugar a dudas, el auténtico Rasputin sufría de una potencia claramente disminuida y su conducta estaba dirigida a camuflarlo al máximo [...] se lanzó a conquistar a sus presuntas amantes, llevando esta aspiración a niveles industriales y convirtiendo su deficiencia psicofísica en una poderosa arma de expansión sexual”.

Wolfgang J. Mommsen, “Max Weber and the Regeneration of Russia”, *The Journal of Modern History*, vol.69 -1, marzo de 1997: pp. 1-17.

Desde 1904, Weber prestó gran atención a lo que ocurría en el Imperio Ruso. Como Marx en su tiempo, estudió el idioma para tener acceso a las fuentes primarias. Nos dejó unos escritos apasionados y apasionantes, de “observador comprometido”, para hablar, como Raymond Aron, sobre la revolución de 1905 y luego sobre la Revolución de Febrero (“La transición rusa a la pseudo-democracia”). Eso sí, la Revolución de Octubre lo agarró por sorpresa y no la analizó con la misma lucidez, ya que estaba obsesionado por la necesidad de mantener a los socialistas alemanes en la unión sagrada. Tampoco creyó que el régimen bolchevique duraría. Temía más una contrarrevolución de la derecha nacional, capaz de luchar al lado de los Aliados contra el imperio alemán.

Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), *A State of Nations: Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin*. Nueva York: Oxford University Press, 2001.

Esta obra colectiva da una buena idea del estado, en 2001, de los estudios norteamericanos sobre la transición del imperio zarista de Nicolás II hacia la URSS

de Stalin. Con la sola excepción de Ronald Suny, uno de los pioneros de los estudios nacionales en este espacio, nueve de los diez autores son jóvenes historiadores, autores de tesis recientes, fundadas en archivos abiertos hace poco. Cuatro son sobre los musulmanes en Asia Central, una sobre las mujeres y otra sobre el proletariado en Uzbekistán. Por último, dos discursan sobre la complejidad de la política de rusificación y rehabilitación del pasado zarista durante la Segunda Guerra Mundial.

Dennis E. Showalter, "The East Gives Nothing Back: The Great War and the German Army in Russia", *The Journal of the Historical Society*, II-1, invierno de 2002, pp. 1-20.

El autor de *Tannenberg: Clash of Empires* (Archon, 1993) cita esa frase del general Erich von Falkenhayn para preguntarse si la experiencia alemana en el frente oriental, entre 1914 y 1918, no sentó las bases para el genocidio realizado durante la Segunda Guerra Mundial.

Joshua A. Sanborn, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*. De Kalb: Northern University Press, 2003.

Los temas centrales del libro giran alrededor del servicio militar obligatorio

y universal en la Rusia pre y post revolucionaria, institución generalizada en Europa desde la Revolución Francesa hasta el final de la Guerra Fría. En el Imperio Ruso, la conscripción generalizada y coercitiva fue introducida en 1874 y aplicada, en teoría, a todos los grupos sociales, étnicos y religiosos. Hasta afectó a las mujeres a partir de la Primera Guerra Mundial. Antes de 1914 hubo muchas exenciones, lo que confrontaba a las secretarías de Guerra y Asuntos Internos (Gobernación) con la población. Con la guerra todo cambió y la universalización fue un hecho.

Esto tuvo un gran impacto tanto sobre los individuos como sobre la familia, la comuna rural, los diversos grupos sociales y, finalmente, sobre las mujeres cuando les tocó asumir la función "masculina" de soldado. La forja de nuevas identidades empezó, así, antes de la revolución. El autor insiste sobre la continuidad entre la "guerra total" y "la política de masas", borrando de cierta manera el parte aguas de 1917-1918: la militarización como modernización, nacionalización y politización. Un buen libro que permite entender mejor el fracaso del Estado zarista y la empresa bolchevique de construcción de un Estado y una sociedad.

Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

Otro libro que, al estilo Tocqueville (*L'Ancien Régime et la Révolution*) y François Furet subraya las continuidades y deja a un lado el tema tradicional de la ruptura revolucionaria. La desintegración de la Unión Soviética en 1991, el final de una etapa histórica, explica en buena parte el cambio de paradigma. Autores como Vladimir Buldakov, Boris Kolonitskii, Orlando Figes y Donald J. Raleigh se han distinguido en esa corriente positivamente revisionista, borrando las mojoneras cronológicas clásicas y descubriendo las regiones lejos del centralismo Petrograd/Moscú. La obra de P. Holquist es muy representativa del cambio. Estudia el territorio cosaco del Don en un “*continuum* de crisis” y el contacto entre la población y los gobiernos sucesivos. Esto, a través de tres “vectores”, a saber: la entrega estatal de alimentos, el uso de la violencia oficial con fines políticos y la vigilancia ejercida sobre la gente, a la buena (ilustración) y a la mala (coerción). Lo que distinguió a los bolcheviques “fue su manera de poner instrumentos originalmente destinados a la guerra total al servicio de las nuevas metas de la política revolucionaria, durante la guerra

civil y especialmente después de ella.” (p.287) Algo que incluyó el exterminio de toda la elite cosaca en el “terror de masa de 1919” y la des-cosaquización ulterior, episodios trágica y espléndidamente narrados en el *Don apacible* de Mijaíl Sholojov.

Nick Baron y Peter Gatrell (eds.), *Homelands: War, Population and Statehood in Eastern Europe and Russia, 1918-1924*. Londres: Anthem Press, 2004.

La guerra mundial y el conflicto civil posterior desplazaron a millones de personas en el espacio imperial ruso. Luego otras tantas quedaron fuera de las fronteras de los nuevos Estados que eran supuestamente su “hogar nacional”, un tema tratado de manera pionera por Hannah Arendt hace muchos años. Los editores nos ofrecen una recopilación de excelentes artículos sobre el tema de los refugiados y de las “personas desplazadas” (DP) en el momento de la construcción de nuevos Estados sobre las ruinas de los Imperios Centrales. El libro es parte de un gran proyecto intitulado *Population Displacement, State-Building and Social Identity in the Lands of the Former Russian Empire, 1917-1930*. Como todos los textos descansan sobre un trabajo de archivo, aportan una importante contribución

empírica a una cuestión tristemente universal y recurrente.

Adrienne Lynn Edgar, *Tribal Nation: The Making of Soviet Turkmenistan*. Princeton: Princeton University Press, 2004.

Con todo y su voluntad de construir un Estado proletario sin referencias geográficas o nacionales (la URSS), los dirigentes soviéticos emprendieron con la misma energía el famoso *nation building*. A. Edgar demuestra lo notable del caso turkmeno, no sólo por “la velocidad con la cual, en menos de una década, se logró el establecimiento de un territorio nacional y de instituciones de gobierno, la estandarización de una lengua nacional y la creación de un sistema de educación masiva”, sino por la audacia de una empresa que no dudaba en pescar a una muchacha en un pueblo perdido para enseñarle a leer y escribir, antes de mandarla a la gran ciudad para estudiar la economía política marxista leninista...

Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*. Ithaca: Cornell University Press, 2004.

En este libro el autor explica que originalmente el poder soviético no tenía el

proyecto de destruir las culturas nacionales en las repúblicas. Su estrategia apuntaba a desarmar los nacionalismos concediéndoles “las formas de la nacionalidad”, pero no la sustancia. El resultado fue una línea política fluctuante, con alternancia de apoyo y represión a los intelectuales nacionales. Así, en la década de 1920 Stalin envió a Lazar Kaganovich para “ucranizar” a Ucrania (es decir, en una misión a las repúblicas de Asia Central). Pero en las dos décadas subsecuentes las olas de terror se llevaron, entre otros, a los poetas, escritores, artistas ucranianos, bielorusos, tadjik y judíos, entre otros, que habían sido promovidos y exaltados anteriormente. Al Terror de 1937-1938 se le unió una campaña contra “los nacionalistas burgueses” y los ucranianos consideran que la hambruna que se llevó a millones en la república fue un “genocidio” premeditado.

Para colmo, a veces las dos líneas coincidían en el tiempo y en el espacio de manera esquizofrénica: una esquizofrenia inherente al sistema, consecuencia inevitable de la paradoja soviética fundamental. La URSS, explica Martin, era a la vez un Estado “extraordinariamente centralizado y violento” y “una estructura formal federativa de naciones soberanas”. Después de asistir al final del imperio Habsburgo, Lenin y Stalin sabían que era muy pe-

ligoso, en esa era de nacionalismos, aparecer como un “imperio”, otra vez “cárcel de los pueblos”. Esa conciencia explica su política de las nacionalidades, la nacionalidad siendo limitada a la cultura, al folklore. Música, trajes y bailes regionales no ponían en peligro al Estado soviético. Más allá, la represión esperaba al nacionalismo político, como lo comprobó en carne propia Mykola Skrypnyk, el bolchevique ucraniano acorralado al suicidio a la hora de la hambruna. Así la URSS resultó ser un imperio con un antifaz anti-imperial.

Jörg Morré, *Hinter den Kulissen des Nationalkomitees: Das Institut 99 in Moskau und die Deutschlandpolitik der UdSSR, 1943-1946*. Munich: Oldenburg Verlag, 2001.

La apertura momentánea de los archivos rusos permitió el acceso a material fresco y a una mejor comprensión del pasado soviético. El “Instituto 99” nos era casi desconocido hasta la tesis de doctorado de Jörg Morré. El Instituto trabajó, después de la disolución del Komintern, en la propaganda en el frente de guerra entre los oficiales y soldados alemanes, y también entre los alemanes presos de guerra; sus instrumentos fueron el periódico y la radio, ambos llamados “Alemania Libre”. Bajo su responsabilidad estuvo un

embrión de gobierno alemán en exilio bajo la dirección de Walter Ulbricht, el cual, por cierto, quedó decepcionado por las limitaciones estrechas a las cuales fue sometido.

Jörg Baberowski, *Der Feind ist überall: Stalinismus im Kaukasus*. Munich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2003.

Entre los muchos libros sobre el tema de las naciones no rusas de la periferia de la URSS, este trata del caso de Azerbaiján entre 1917 y 1945. *El enemigo se encuentra por todas partes, el estalinismo en el Cáucaso* cubre todos los temas desde la colectivización en el campo hasta la emancipación de la mujer, pasando por la “desfanatización” contra el Islam y las purgas políticas.

El autor subraya la representatividad del caso azerí y presenta a esta república como un microcosmos de la URSS, un laboratorio para el poder central. Afirma que la frustración de los bolcheviques en su fracaso para “civilizar” Azerbaiján explica la colectivización y el terror masivo de el decenio de 1930.

Un libro notable, con grandes ideas que descansan sobre material original encontrado en los archivos de Baku y Moscú.

David Shneer, *Yiddish and the Creation of Soviet Jewish Culture, 1918-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

Este libro es la historia de una generación de jóvenes poetas, hombres y mujeres, nacidos en el “Territorio”, región occidental del imperio zarista de la cual, teóricamente, no debían salir los judíos. Estos poetas y escritores trabajaron para crear en una lengua, el yiddish, una cultura a la vez judía y secular, nacional y comunista. En los años 1920 el poder soviético legitimó el yiddish como un instrumento en la lucha para una nueva cultura socialista, liberada de los últimos remanentes religiosos. Mientras el hebreo y el sionismo quedaban descalificados como “nacionalismo burgués”, el yiddish adquirió la dignidad de lengua popular progresista.

Serhy Yekelchik, *Stalin's Empire of Memory: Russian-Ukrainian Relations in the Soviet Historical Imagination*. Toronto: Toronto University Press, 2004.

El autor estudia la empresa soviética desarrollada para formar una “memoria colectiva” sobre las relaciones ruso-ucranianas en el difícil periodo que corrió de 1943 a 1954, durante el cual una poderosa guerrilla ucraniana nacionalis-

ta resistió al Ejército Rojo y a la KGB. Los archivos de Moscú y Kiev, combinados con el estudio de libros de texto, novelas y películas históricas, y producción historiográfica permitieron a S. Yekelchik ofrecernos un cuadro que corresponde a lo configurado por George Orwell, Milan Kundera y Borges: una historia compuesta e inventada que, sin embargo, no logró hacer del pasado tabula rasa. Incluso en esta historia artificial que no pudo injertarse totalmente en la memoria colectiva aparecen las contradicciones y las ambigüedades del proyecto soviético.

James W. Heinzen, *Inventing a Soviet Countryside: State, Power and the Transformation of Rural Russia, 1917-1929*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2004.

Se inventan naciones, comunidades, sociedades. Le tocó al Narkomzem RFSFR, el Comisariado para la Agricultura de la República Soviética de Rusia, inventar una nueva sociedad rural bajo la dirección de Alexander Smirnov. Heinzen ve a este enorme comisariado como el campeón y la víctima de la NEP, pero sufrió también de sus propias contradicciones y tensiones internas, en especial las que opusieron el centro moscovita al personal de las provincias y de los distritos.

R.W. Davies y Stephen G., *Wheatcroft, The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-1933*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2004.

Los autores, veteranos en este campo, han producido un libro quizá definitivo sobre el tema a partir de una documentación inaccesible antes de 1991. Después de una narración cronológica y temática (el trigo, los otros cultivos, el desastre ganadero, las granjas colectivas) concluyen con un capítulo decisivo intitulado “La hambruna en perspectiva”, que intenta explicar la mortífera hambruna de 1932-1933 que mató entre 5.5 y 6.5 millones de personas en Ucrania, Volga del Sur, el Kuban y Kazajstán. ¡Qué terrible prueba del fracaso absoluto de la política agrícola soviética! Esto, sin contar con una terrible represión permanente en el campo con la *deskulakización* y la colectivización, que produjeron muchas víctimas. Dicha represión no fue el resultado de la brutalidad de Stalin y sus hombres, sino la consecuencia lógica de una política voluntariosa de desarrollo industrial financiado por la recolección máxima de los granos. Ucrania, en su calidad de granero de la URSS, se encontró en primera fila, un triste privilegio que le salió muy caro a su pueblo. Con la hambruna, la represión recrudeció. E inútilmente, puesto que Ucrania no pudo entregar

en 1932 sino la mitad de la cuota prevista. La hambruna de 1891-1892, para una población equivalente, había matado a 500 mil personas, o sea diez veces menos; esto brinda la escala de la tragedia. Un gobierno perfectamente al tanto de la situación negó siempre la existencia de la hambruna.

Julie Hessler, *A Social History of Soviet Trade: Trade Policy, Retail Practices, and Consumption, 1917-1953*. Princeton: Princeton University Press, 2004.

Historia económica y social del comercio estatal y privado, así como del consumo, este libro presenta tres ciclos recurrentes, cada uno con su crisis y su recuperación. El primero corresponde a los años de la revolución y de la guerra civil, el segundo a la Gran Ruptura estalinista, el tercero a la Gran Guerra Patriótica. J.Hessler subraya, a diferencia de muchos historiadores, la continuidad que corre de 1917 a 1953. ❧